

LA POBREZA MONÁSTICA

Bases o presupuestos para una teología de la Pobreza Evangélica y Monástica

Las palabras claras y tajantes del Evangelio siguen golpeando ala puerta de la Iglesia, de la vida Religiosa y del corazón de cada bautizado, como una invitación y muchas veces como un cuestionamiento cuando no como un severo reproche:

“Bienaventurados los *pobres*, porque vuestro es el reino de Dios” (*Lc 6,20*);

“Si quieres ser perfecto, vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego *ven y sígueme*” (*Mt 19,21*).

Mientras existan hombres y mujeres que se decidan a tomar en serio el Evangelio, la pobreza será un punto neurálgico, y por qué no decirlo, un motivo de constante reforma y de tensión creadora en la vida de la Iglesia. Quizá, en el fondo, todo esto se deba a que las raíces de la pobreza, en cuanto a problema, se encuentran bien adentro en la tierra del misterio del hombre, de su limitación, de su esclavitud, de su pecado, de su ansia de dominio, y del misterio del mal; y por otra parte, porque la pobreza, en cuanto ideal, lanza al hombre hacia horizontes inexplorados e infinitos del misterio del Dios personal y trascendente. “Hasta los últimos tiempos subsistirá la lucha angustiosa por redescubrir dinámicamente la relación de la persona con los bienes, relación que es una proyección de la relación interpersonal y que en el fondo, bajo diversas formas es el problema del amor. La historia está en camino. Sin duda moriremos dejando en el mundo esta lucha encendida. La trasmitiremos a las generaciones futuras. Nadie puede huir de la responsabilidad de ocupar su puesto. Nadie, sea cual fuere su estado. Quien vive en la pobreza Evangélica debe anunciar con su vida la victoria del hombre y debe señalar el itinerario para encontrar una salida en la paz. El reino de Dios está entre nosotros. Es decir, el reino donde el hombre ve al hombre sin pautas económicas, como relación libertadora, en la perfecta alegría franciscana y, finalmente, en la liberación de la angustia profunda de estar cerca unos de otros sin encontrarnos”.

Toda reflexión sobre un tema determinado debe ubicarse en un contexto más amplio y encontrar así su *Sitz im Lebem*. Reconocer los límites de un tema, es ser prudente y objetivo. Con esta delimitación quizá pueda parecer que se le quita importancia. Es oportuno sin embargo, recordar que una temática puede ser la “más urgente” sin que por ello signifique necesariamente que sea “la más importante”. Con la pobreza, en Latinoamérica, puede suceder esto: que sea uno de los temas y realidades “más urgentes” aunque objetivamente la teología nos diga que no es el más importante.

Es bueno recordarlo para no perder la visión de conjunto ni descuidar o abandonar el sentido de la historia. Las dos dimensiones deben tenerse en cuenta: la vertical, que nos hace ver el “*Sitz im lebem*” de la Pobreza en si misma y en su relación con los demás aspectos del Evangelio, de la realidad y de la teología, y la dimensión horizontal o histórica que nos ubica en la coyuntura en que nos toca vivir en el devenir del mundo y de la Historia de la Salvación.

Un nuevo límite de esta reflexión proviene de los demás temas ya desarrollados en esta reunión. En principio sería metodológicamente más conducente comenzar por una reflexión sobre la realidad social en la que nos toca vivir y de la que somos responsables y, de alguna manera, autores. Pero dado que ésto ya se ha hecho en otra exposición, nos parece útil enfocar el estudio de la pobreza desde otro ángulo, considerando válido y fundamental todo lo dicho sobre la situación y el contexto histórico en el que debe encarnarse nuestro testimonio monástico.

La línea conductora de nuestra reflexión será objetiva y sistemática, más que profética y de prospectiva.

Echadas las bases, sería necesario levantar el edificio. Para ello es imprescindible una buena dosis de imaginación creadora, dinamismo entusiasta, coraje frente al riesgo, y una profunda *fe* en la conducción liberadora de la Historia presente del mundo por parte de Dios, cimentada en la seguridad que nos viene de la fuerza del Espíritu.

Si consideramos que la pobreza es un auténtico *valor* evangélico y monástico, las bases o cimientos de la misma deben establecerse siguiendo un criterio de diferenciación y clarificación de valores en los diversos niveles. Esto es: todo “valor monástico histórico” debe tener su fundamento en un “valor evangélico”, y a su vez debe tener una expresión concreta acorde con los “valores históricos”, reveladores del plan salvador de Dios (signos de los tiempos). Además no puede existir un “valor evangélico” en un auténtico “valor histórico”, que no tenga su raíz en un “valor humano” fundamental.

Nuestra reflexión consistirá en descubrir, analizar y clarificar el conjunto de valores, tanto humanos como evangélicos, monásticos e históricos, que están en juego en la vivencia de la pobreza en una determinada coyuntura histórica. La coordenada de estos valores y la confrontación de los mismos mostrará el aporte que debemos dar a la Iglesia y al Mundo de hoy como monjes en Latinoamérica. Nuestro carisma no aporta un testimonio de pobreza universal, sino específico: delimitado por los valores históricos concretos y por los valores monásticos relacionados con la misma.

Veremos por consiguiente:

- 1) Valores humanos (la Creación);
 - 2) Valores evangélicos (la “Vocación”),
 - 3) Valores monásticos (el “Carisma”),
 - 4) Valores históricos (la “Situación”),
- Conclusión:* El aporte de nuestro testimonio monástico de pobreza.

Primera parte: Los valores humanos

Cualquier concepción o práctica de la pobreza que no respete los valores humanos fundamentales, no es ni cristiana, ni evangélica, ni monástica. Por eso, “la *pobreza como carencia* de los bienes de este mundo, necesarios para *vivir dignamente* como hombre es, en cuanto tal, un MAL. Los profetas la denuncian como contraria a la voluntad del Señor y las más de las veces como “fruto de la injusticia y el pecado de los hombres” (Medellín XIV - Pobreza, 2.1.1).

La raíz de todos los valores humanos se encuentra en la dignidad de la persona: “hay que establecer como fundamento el principio de que todo hombre es *persona*, esto es, naturaleza dotada de inteligencia y de libre albedrío, y que, por tanto, el hombre tiene en sí mismo derechos y deberes que dimanar inmediatamente y al mismo tiempo de su propia naturaleza. Estos derechos y deberes son, por ello, universales e inviolables y no pueden renunciar-se por ningún concepto” (PT N° 9).

Sin embargo, este cúmulo de derechos y deberes no constituyen una realidad estática e inmóvil, como si fueran un tesoro que debería guardarse celosamente en un cofre. Al contrario, se trata de algo dinámico y en construcción. El hombre debe vivir su vida como una vocación y como un llamado: como una vocación al desarrollo personal y comunitario y como un llamado a la liberación integral de la persona y de la humanidad. “En los designios de Dios, cada hombre está llamado a promover su progreso, porque la vida de todo hombre es *una vocación* dada por Dios para una misión concreta.

Desde su nacimiento ha sido dado a todos, como un germen un conjunto de aptitudes y de cualidades para hacerlas fructificar: su floración, fruto de la educación recibida y del esfuerzo personal, permitirá

a Cada uno orientarse hacia el destino que le ha sido propuesto por el Creador. Dotado de inteligencia y de libertad, el hombre es responsable de su crecimiento lo mismo que de su salvación. Ayudado, y a veces estorbado, por los que lo educan y lo rodean, cada uno permanece siempre, sean los que sean los influjos que sobre él se ejercen, el *artífice principal* de su éxito o de su fracaso; por sólo el esfuerzo ya de su inteligencia ya de su voluntad, cada hombre puede *crecer en humanidad, valer más, ser más*” (PP n° 15).

Si quisiéramos sintetizar y justipreciar las realidades humanas fundamentales, que están a la base del ideal cristiano de la pobreza, podríamos presentarlas como en una triple constelación de valores, siguiendo la triple relación del hombre con el mundo, con sus semejantes y con Dios.

A) Los valores que dimanar de la relación “hombre-mundo”

- 1) El hombre es la “síntesis del universo” (GS 14), y artífice del progreso personal y cósmico. Esto nos lleva a tener *una visión optimista de los bienes* de este mundo.
- 2) Destino Universal de los bienes terrenos, conforme lo expone la GS n° 69
- 3) El trabajo y la actividad del hombre en el mundo es una participación del “trabajo” creador, de Dios y un medio de autoexpresión y de perfeccionamiento de la persona (cfr. GS 33-39).
- 4) La supremacía del hombre sobre las “cosas” exige que todo lo material esté al servicio del hombre y no el hombre al servicio de las cosas (dinero, confort, placeres, etc.).

B) Los valores del hombre en sí mismo y en su relación con sus semejantes:

- 1) Dignidad de la persona humana que exige ser tratada con respeto. El hombre no puede ser explotado por nadie ni a ningún precio.
- 2) La libertad como derecho fundamental (GS 17) y la liberación como tarea y compromiso, que conduce a la unificación de la persona, es decir, a descubrir y modelar la auténtica y verdadera imagen del “yo”, pensado por Dios para cada uno.
- 3) La interioridad y la espiritualidad, que conducen al hombre a la consecución de la “verdad más profunda de la realidad” (GS 14).
- 4) Solidaridad universal y dimensión política, que hacen sentir al hombre un miembro de la sociedad y de la humanidad y responsable de la misma.

C) Los valores que dimanar de la relación “hombre-Dios”

- 1) Apertura al Absoluto.
- 2) Sentido de la adoración y la alabanza al Dios, Creador del Universo.

Con todo, no sería completo nuestro análisis, si no constatáramos, además de todos estos valores, la existencia de un “anti-valor” radical: el desequilibrio y la división íntima del hombre”. Toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como una lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. Más todavía, “el hombre se siente incapaz de domeñar con eficiencia por sí solo los ataques del mal, hasta el punto de sentirse como aherrojado entre cadenas” (GS n° 13). El hombre nuevo del Evangelio, renacido del agua y del Espíritu, podrá superar esta

división interna y llevará a una plenitud exultante, mediante una mejor armonía y una nueva escala de valores, estos fundamentos antropológicos que nunca serán destruidos ni tampoco negados, aunque sí superados y perfeccionados. El profundo sentido humano de Jesús de Nazareth se conjuga armoniosamente con un cúmulo de serias y graves exigencias que pueden llegar hasta el total renunciamiento, pero siempre exhalan un perfume de simplicidad, de seriedad, de humanidad y de amor. El mensaje evangélico es terriblemente simple y sencillo. La complicación y la oscuridad las ponemos nosotros. Y muchas veces porque olvidamos estos valores humanos fundamentales.

Segunda parte: Los valores evangélicos

Al hablar de valores evangélicos, pensamos en el mensaje bíblico global, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, aunque nos detengamos más en la “novedad” cristiana. Para esta visión de conjunto remitimos al estudio: “La pobreza evangélica hoy”. CLAR (Colección Perspectivas 1) Bogotá 1971; y el trabajo sobre: “La Pobreza Evangélica”, presentada por la Comunidad del Niño Dios, en: *Cuadernos Monásticos* n. 16, pp. 139-155.

En principio, el mensaje bíblico veterotestamentario reafirma los valores humanos fundamentales ya señalados; justa valoración de los bienes terrenos, del trabajo, de la dignidad del hombre, etc. Pero además aparece la explicitación de un criterio de la acción de Dios *la preferencia hacia los pobres y oprimidos*, en consonancia con la tónica general de liberación que pasa por toda la Historia de la Salvación. A esta “preferencia” divina, corresponde una espiritualidad de sencillez, de simplicidad, de apertura y de disponibilidad hacia Yahvéh, que se hace presente de un modo patente en los “anawim Yahvéh”.

El horizonte de la visión neotestamentaria de la pobreza no termina en una mera exhortación penitencial anticonformista o en una praxis religiosa reglamentada por normas esotéricas de renunciamiento maniqueo. El tronco viviente y generoso del que brota el ideal de la pobreza, como un ramazón exuberante y una floración lozana, está vivificado por unas raíces bien fuertes, que forman el núcleo decisivo del mensaje cristiano. El ideal de la pobreza y la pobreza como compromiso voluntariamente asumido, son una consecuencia lógica de la vivencia sincera y auténtica de estos valores evangélicos:

- 1) Supremacía del *amor a Dios y a los hombres*, que surge de la afirmación de un profundo sentido de Dios, como Padre, y de un profundo sentido del hombre, como hijo de Dios y hermano de los demás hombres. Esta supremacía lleva al hombre a una actitud de total *confianza en Dios* en la línea de Mateo 6,25-34.
- 2) Llamado personal a la *conversión*, como camino que lleva a la liberación total, pasando por la Pascua de la Cruz y la Resurrección, de la muerte y de la vida, conforme a la sentencia de Mt 6,24 “Nadie puede servir a dos Señores; porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero”.
- 3) Urgencia y mística del *Reino*, predicado a los pobres y hecho presente en medio de ellos. Entre las exigencias del Reino cabe destacar la necesidad de la limosna.
- 4) El *renunciamiento* voluntario de los bienes de este mundo, como una de las expresiones de la *radicalización* de toda la vida, que tiene como finalidad hacer presente en el “ya y aquí” de cada hombre el Reino escatológico de Dios.
- 5) La “*seuela Christi*”, como forma concreta de orientar y organizar la vida y como “*escuela*” de aprendizaje del hombre nuevo.
- 6) *La koinonia apostólica*, como ideal de vida comunitaria y social en donde reina plenamente la unidad, el amor, la paz y la justicia.

7) Una nueva escala de valores, marcada por las bienaventuranzas, que constituye la carta magna o la constitución del nuevo Pueblo de Dios.

La pobreza evangélica podrá revestir formas de expresión muy diversas y muchas veces hasta encontradas. Pero si está cimentada sobre estas bases siempre responderá al ideal evangélico y podrá ser realmente una luz en medio de las naciones. Las condiciones sociológicas de una determinada época de la historia y los condicionamientos psicológicos de cada bautizado, podrán constituir una ayuda o a veces un estorbo para la vivencia del ideal de la pobreza evangélica. Pero en la medida en que se profundiza, a nivel especulativo y sobre todo a nivel de compromiso y entrega, en los valores anteriormente indicados, las barreras sociológicas o psicológicas que estorban irán cediendo frente a la fuerza del Espíritu que palpita en la vivencia de los mismos. El esfuerzo de renovación, por consiguiente, debe estar orientado no sólo a examinar las formas concretas del testimonio de pobreza personal o comunitaria, sino a profundizar, vitalizar y vivenciar las exigencias del mensaje evangélico. Hecho esto, lo demás viene naturalmente y sin esfuerzo o complicaciones.

Tercera parte: Los valores monásticos

La diversidad de formas concretas de expresión de la vida consagrada no permite establecer una única “constelación de valores” en el testimonio de pobreza que en principio deberá dar al mundo y a la Iglesia. El aporte que en este sentido puede traer el fenómeno y la historia del monaquismo es muy diverso y plurifacético, si lo examinamos en su trayectoria histórica. Ateniéndonos a lo que es más característico del carisma benedictino y partiendo de la *Regula Monachorum*, parecen sobresalir, simplemente a título de enumeración, los elementos siguientes:

- 1) Una *justa valoración del trabajo*, que no es ni un pasatiempo ni un ejercicio de ascesis mal entendida, sino un verdadero trabajo realizado con seriedad y responsabilidad, en la línea de 2 Ts 3, 10: “si alguien no quiere trabajar, que no coma tampoco” y de 1 Ts 4,14: “reprende a los ociosos”.
- 2) Una visión optimista de las cosas materiales, que deben ser tratadas como vasos sagrados del altar. La responsabilidad y la “honestidad” en el manejo de las cosas es al mismo tiempo un elemento de desarrollo de la persona: sólo el hombre cabal sabe tratar como es debido las cosas y las personas. Quizá de esta actitud ha surgido el gusto por las cosas bien hechas y el sentido del arte de muchas realizaciones históricas del monaquismo.
- 3) El renunciamiento personal, que lleva a una mayor libertad interior.
- 4) La dimensión comunitaria y social de trabajo y de los bienes. En el alejamiento del mundo, el monasterio constituye una Iglesia en pequeño, en donde el sentido comunitario y social se vive en el marco de la comunidad monástica y de los que se acercan al mismo.
- 5) La interioridad y la contemplación, que lleva al monje a un encuentro con Dios y consigo mismo y a una liberación total, manifestada en la alegría y el gozo del vivir auténtico.

La historia del monaquismo, que es una manera concreta de vivir el ideal evangélico, muestra muchas maneras de expresar y vivir estos valores. Pero quizá la más importante sea, con respecto a la pobreza: el renunciamiento personal, la dimensión comunitaria, la insistencia en la interioridad vivenciada en la oración personal y comunitaria y en la dedicación a la *Lectio divina*.

Cuarta Parte: Los valores históricos o signos de los tiempos

El criterio establecido por el Vaticano II para una eficaz renovación de la vida religiosa, según el cual hay que tener presente una confrontación con “las cambiadas condiciones de los tiempos” (PC n° 2), es válido de un modo especial para la práctica de la pobreza evangélica. En efecto, “Pobreza” y “Riqueza” no son términos absolutos que hayan tenido siempre y en todas partes el mismo contenido y el mismo significado. Su contenido real cambia según las condiciones socio-económicas que varían de un pueblo a otro... “Pobre” y “rico” son nociones relativas, más que dos términos antinómicos, complementarios; ellos sirven para definir dos niveles de vida opuestos que se excluyen el uno al otro. No adquieren un significado sino cuando son precisados y aclarados por situaciones concretas” (Ph. Seidensticker, *San Pablo y la Pobreza*, en: CLAR, *La Pobreza Evangélica hoy* [C. Perspectivas 1] Bogotá 1971, pág. 63).

El preocuparse por los signos de los tiempos o valores históricos y tomarlos en serio no responde o al menos no deberá responder a un simple prurito de estar al día o de un *snobismo* servil del último ensayo reformista, sino a una simple seguridad de que la manifestación y la actuación del plan salvador de Dios se da en y a través de la historia real. El carisma profético deberá descubrir, explicitar e iluminar esta acción de Dios en la vida real de los hombres y de los pueblos. Nuestro tiempo parece estar en el cruce o en el encuentro de dos etapas de la historia con culturas y civilizaciones distintas y contrapuestas. Por eso se mezclan signos y valores de distintos quilates. Hay un campo de acción fecundo para el carisma profético...

Hay “signos” universales que recorren toda la gran trama de la vida del mundo y de la Iglesia y los hay propios de la comunidad latinoamericana. Prescindiendo de una posible clasificación basada en la universalidad o la limitación de estos signos, nos interesa reflexionar sobre los que son propios de nuestra Iglesia y de nuestra realidad latinoamericana.

Nos contentamos con enumerarlos:

- 1) Situación de cambio en todos los niveles, que genera la necesidad de experimentación inteligente y de tanteo.
- 2) Unidad sentida a nivel continental y mundial, completa con un mayor sentido comunitario en el ámbito social y eclesial, en contraposición a un marcado individualismo de épocas anteriores.
- 3) Clara conciencia de la *situación de dependencia* económica, social, política, religiosa y eclesial, con una marcada connotación de injusticia y opresión y muchas veces alienación, que exige una liberación personal y colectiva. Se percibe con mayor claridad la urgencia de este elemento, dado que la situación social, económica y política en muchas naciones es explosiva.
- 4) La Iglesia se ve y muchas veces se siente vinculada a la clase dominante, considerada como la responsable de la situación de injusticia, y por eso es objeto de crítica por parte de los oprimidos.
- 5) Por otra parte, se hace más patente un auténtico compromiso de la *Iglesia posconciliar* en una sincera renovación interna que se manifiesta en un testimonio personal y comunitario en todos los órdenes de la vida eclesial.
- 6) Temor y desconcierto de muchos cristianos, laicos, religiosos, sacerdotes y obispos, frente a la nueva situación y al rumbo que va tomando la historia mundial y eclesial.
- 7) Secularización, como movimiento de autonomía e independencia de todo lo profano y terreno con respecto a las esferas de lo sagrado y divino.

8) “Subversión del dinero”: la atmósfera que reina en muchos ambientes y en los sistemas económico-sociales vigentes está impregnada por un desenfrenado deseo de conquistar el “dinero”. El primer “valor” de la existencia de muchos y el deseo de otros es “el dinero” y no la persona humana y los valores superiores.

9) Búsqueda de un “orden” nuevo, en donde reine el amor, la fraternidad, la justicia, el humanismo y la paz para que el hombre no sea explotado por el hombre, ni los pueblos por los pueblos o monopolio internacionales. La estrategia para conseguir este objetivo, muestra muchos caminos, que van desde la violencia cruenta hasta la estrategia del amor y del sacrificio personal.

La pobreza es vista en este contexto, como una exigencia personal, comunitaria y eclesial de modo que su praxis ayude y colabore a la implantación de ese “orden” nuevo, y al nacimiento o modelación del “hombre nuevo”, más que como un elemento de ascesis personal e individualista sin vinculación con la situación histórica en que se encarna. Al mismo tiempo, parece existir en muchos ambientes de la Vida Religiosa de Latinoamérica una concentración de esfuerzos y de preocupaciones por la pobreza como testimonio personal y comunitario expresado o en un compromiso real con los pobres o a veces en un mero declaracionismo verbal.

De cualquier manera, el marco de referencia en que debe ubicarse el testimonio de nuestra vivencia de pobreza monástica y el terreno en el que debe plantarse y germinar está marcado por estos elementos que son portadores de un aspecto de la revelación de Dios para nosotros.

Conclusión

A modo de conclusión, vamos a ensayar una síntesis de los valores permanentes en los distintos niveles para deslindar y encontrar los rasgos más sobresalientes de la imagen que debe presentar el testimonio de nuestra vivencia de la pobreza en Latinoamérica:

1) *Pobreza y Trabajo*. La mejor manera y la más auténtica de vivir la pobreza es “vivir del trabajo de sus manos” (RB 48,8). Un testimonio válido en un mundo que se está construyendo y que necesita mantener y desarrollar el valor humano y cristiano del trabajo.

2) *Pobreza e interiorización* (o valores trascendentes). En un momento en que se piensa y se aspira a construir un “orden nuevo”, instrumentado por el “hombre nuevo” y puesto a su servicio, la pobreza monástica debería mostrar, con la vida más que con palabras o discursos, que el horizonte del mismo no debe cerrarse en el nivel económico y social, sino tender hacia los horizontes más profundos del interior del hombre y hacia los horizontes más amplios e ilimitados de un Dios personal y trascendente de quien proviene en verdad la auténtica liberación personal y colectiva que llenará el corazón de todos con la verdadera felicidad. Para esto el hombre necesita un “tiempo” para alimentar su espíritu.

3) *Pobreza y liberación de la persona*. La renuncia voluntaria, generosa y alegre de los bienes de este mundo no significa una disminución o una limitación de la persona humana, sino un camino a la liberación de la misma. El monje, que vive su pobreza, debería ser un modelo de “hombre libre” y feliz, con una libertad y una felicidad que no provienen ni del oro ni de las cosas materiales, sino del encuentro de su “identidad” personal y de la seguridad que le viene de su fe-entrega a Dios.

El “hombre nuevo” buscado ansiosamente por el “revolucionario latinoamericano” no es el que tiene una economía más firme y más segura y que puede subyugar y oprimir a sus antiguos opresores, sino el que vive esta libertad y esta felicidad interior. Por eso el advenimiento de este hombre nuevo no coincidirá matemáticamente con la eliminación de la última villa miseria o con el recambio de sus habitantes, sino con el advenimiento del hombre auténticamente libre.

4) *Pobreza y justicia*. La pobreza tiene boyuna relación especial con la justicia, sea porque la riqueza de muchos es fruto de una indiscutible injusticia de otros, sea porque la “justicia” vigente favorece el crecimiento de la fosa que existe entre ricos y pobres. La pobreza de muchos no es siempre el resultado de una falta de dedicación y de esfuerzo personal; más bien esta falta es el resultado de una pobreza anterior en todos los órdenes: psicológico, social, moral, económico, cultural. Por otra parte la pobreza clama por el desarrollo de las personas pobres y de los pueblos pobres. En efecto, “no se puede buscar y amar el ‘no-ser’ y, en sí misma la pobreza es un no-ser. Quien es pobre está en la verdad porque, sabiéndolo o no, busca ‘ser-más’. Ser-más en lo económico, ser-más en la dignidad y ser en el amor; y esencialmente aspira a la plenitud. Quien se hace pobre va hacia un no-ser, hacia un vaciamiento. Si no cumple ese propósito con miras a un verdadero ser-más, a una mayor identificación consigo mismo, sólo en funda un disfraz. La pobreza evangélica es la consecuencia del ‘ven y sígueme’. Si no vamos más allá de la renuncia, corremos el riesgo de resignarnos, de apagar nos como ancianos a la espera de la muerte y éste, por cierto, no es un idea”.

5) *Pobreza y proceso de socialización*. La pobreza vivida en un monasterio de cenobitas y por hombres marcados por un proceso de socialización, tarde o temprano, de una u otra manera, deberá adecuarse a esta realidad y revestirá una forma adecuada a la misma. En principio el monasterio debería ser una escuela muy buena para formar hombres abiertos a esta dimensión social, aunque vivan siempre alejados del mundo. En cada caso habrá que determinar hasta dónde llegan los muros A del monasterio y hasta dónde se puede extender los límites de la influencia y proyección monástica sin perder la identidad personal del monasterio y del monje. Tener una propiedad o ejercer una función aunque sea docente ya implica una extensión de esos límites y es hecho de trascendencia social y política. Todo está íntimamente ligado al testimonio comunitario de la pobreza. Elemento que no es propio del monaquismo sino una exigencia eclesial del momento y una exigencia de la realidad social en que vivimos.

6) *Pobreza y vida según el Espíritu*. Por último la vivencia de nuestra pobreza monástica no representa algo distinto y aislado de nuestra vida espiritual o mejor de nuestra vida según el Espíritu. Esta invade todas nuestras actitudes y orienta todos nuestros actos, incluso los relacionados con la economía y la pobreza. La pobreza es asumida como forma de vida y como un compromiso libremente aceptado porque hay una fuerza interior en nosotros, que nos permite correr el riesgo y afrontar esa situación en la que muchos viven sin querer y sin aceptarla.

El testimonio de un monje y de una comunidad que vivieran personal y comunitariamente la pobreza real, llena de riesgos, de sacrificios, de inseguridades, de privaciones y a veces de miseria, mostraría claramente que la liberación del hombre y la verdadera felicidad no están en la seguridad que viene del dinero o en el gozo que proviene del bienestar y el confort, sino en la alegría y la plenitud que provienen del Espíritu que habita en ellos y les da su vida.

Somos conscientes de que el monaquismo tiene un mensaje que transmitir a este mundo en ebullición que es Latinoamérica y tiene un testimonio de vida que presentarle. Por eso, queremos reafirmar nuestra fidelidad a la Iglesia, signo visible de la presencia de Cristo entre los hombres y nuestra fidelidad al carisma propio, manifestación de la acción del Espíritu.

Nuestra reflexión sólo ha querido recordar las bases sobre las que el testimonio de la pobreza monástica debe levantarse. Dejemos obrar al Espíritu para que nos oriente en la búsqueda del modo concreto en que esto se hará efectivo en nuestras comunidades.

BIBLIOGRAFÍA

Documentos:

Vat. II:

- Constitución dogmática “Lumen Gentium” (LG)
- Constitución Pastoral “Gaudium et Spes” (GS)
- Decreto “Perfectae Caritatis” (PC)

Juan XXIII:

- “Mater et Magistra” (MM)
- “Pacem in Terris” (PT)

Paulo VI:

- “Populorum Progressio” (PP)
- Exhortación Apostólica “Evangélica Testificatio” (ET)
- Carta Apostólica “Octogesima Adveniens” (OA)

Segunda Conferencia del Episcopado Latinoamericano.
Documentos finales de Medellín (Medellín).

CLAR: Pobreza y Vida Religiosa en América Latina (4) - Bogotá 1970.
CLAR: Vida Religiosa y desarrollo Latinoamericano (6) - Bogotá 1969.

ESTUDIOS

CLAR: (Colección Perspectivas 1), *La pobreza evangélica hoy*; por J. Dupont, B. Rigaux, A. George, PH. Seidensticker, S. Legasse; Bogotá 1971
Sor M. Charles Borromeo Muckenhine, C.S.C., *Pobreza Religiosa* en: Eugene E. Grollmes, S.J., *Votos no muros. Análisis de la vida religiosa*. - Santander 1969, pp. 35 a 70
Pie Raymond Régamey: *La pobreza y el hombre de hoy*. Ed. Morova, Madrid 1965.
Arturo Paoli: *Diálogo de la Liberación*. Ed. Lohlé 1970 (Cap. X: La pobreza como liberación).
Cuadernos Monásticos, N° 16, Año VI. Enero-Marzo 1971 (*CuadMon*).

*Abadía Niño Dios
C. C. 15 - Victoria
Entre Ríos - Rep. Argentina*

